

C. Marx - F. Engels
MANIFIESTO



COMUNISTA

Ediciones Europa América
MADRID



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

C. MARX - F. ENGELS

MANIFIESTO COMUNISTA

EDICIONES EUROPA-AMERICA

MADRID



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

PRENSA OBRERA

Juan Bravo, 3 - MADRID

Manifiesto Comunista

PREFACIOS

I

Prefacio de los autores a la edición alemana de 1872

La Liga de los Comunistas, Sociedad obrera internacional que no podía vivir sino en secreto, dadas las condiciones de la época, encargó a los que suscriben, delegados al Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran y publicaran un programa detallado del Partido, a la vez teórico y práctico. Tal es el origen de este **Manifiesto**, cuyo manuscrito fué enviado a Londres para su impresión algunas semanas antes de la revolución de febrero. Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma lo menos doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y América. Ha aparecido en inglés en Londres, en 1850, en el **Red Republican**, traducido por la señorita Elena Mac Farlane, y, en 1871, se han hecho al menos tres traducciones diferentes en América. Apareció en francés en París algún tiempo antes de la insurrección de junio de 1848, y recientemente en **Le Socialiste**, de Nueva York. Se prepara en este momento otra edición. Hízose en Londres una edición en polaco poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso algunos años después de 1860. Ha sido traducido al danés a poco de su publicación original.

Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios generales expuestos en este **Manifiesto** conservan en conjunto todavía la mayor exactitud. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo **Manifiesto** explica que la aplicación de los principios dependerá siempre y en todo caso de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no debe darse mucha importancia a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje sería redactado hoy de muy distinta manera en más de un punto. Dado el desenvolvimiento colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años y la organización de la clase obrera en partido, que se desenvuelve paralelamente; dadas las experiencias, primero, de la revolución de febrero, y después, sobre todo, de la **Commune** de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante

dos meses, al Poder político, este programa está envejecido en ciertos puntos. La **Commune** ha demostrado principalmente que "no basta con que la clase obrera se apodere de la máquina del Estado para hacerla servir a sus propios fines". (Véase **La guerra civil en Francia**, Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los trabajadores, donde esta idea está más extensamente desarrollada.) Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es en estos momentos incompleta, pues sólo llega a 1847, y al propio tiempo, si las observaciones que se hacen sobre la posición de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición (capítulo IV) son exactas todavía en sus trazos generales, están envejecidas en detalle, pues la situación política ha cambiado completamente y la evolución histórica ha hecho desaparecer a la mayoría de los partidos que se enumeran.

Sin embargo, el **Manifiesto** es un documento histórico que no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá sea precedida de una introducción que pueda llenar la laguna entre 1847 y hoy; la actual reimpresión ha sido demasiado rápida para poder escribirla.

Karl Marx

F. Engels

Londres, 24 de junio de 1872.

II

Prefacio de Engels a la edición alemana de 1883

Desgraciadamente, tengo que firmar solo el prefacio de esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y América debe más que a ningún otro, reposa al presente en el cementerio de Highgate y sobre su tumba verdea ya el primer césped. Después de su muerte (1) no es ocasión de rehacer o de completar el **Manifiesto**. Creo, pues, tanto más preciso recordar aquí explícitamente lo que sigue.

La idea fundamental e íntima del **Manifiesto**—a saber: que la producción económica y la estructura social que resulta forman indefectiblemente, en cada época histórica, la base de la historia política e intelectual de esta época; que, por consecuencia (después de la desaparición de la primitiva propiedad común del suelo), toda la historia ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre las clases explotadas y las clases explotadoras, entre la clases dominadas y las clases dominantes, en los diferentes estadios de su desenvolvimiento histórico; pero que esta lucha atraviesa actualmente una etapa en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede emanciparse de la clase que la explota y oprime sin emancipar al propio tiempo, y para siempre, a toda la sociedad de la explotación, de la opresión y

(1) Marx murió en Londres el 14 de marzo de 1883.

de las luchas de clases—, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx (1).

Lo he declarado a menudo; pero ahora es preciso que esta declaración figure a la cabeza del **Manifiesto**.

F. Engels.

Londres, 26 de junio de 1883.

III

Prefacio de Engels a la edición alemana de 1890

Después de escrito lo que precede ha sido necesaria una nueva edición alemana del **Manifiesto**, e interesa recordar aquí los acontecimientos con él relacionados.

Una segunda traducción rusa—por Vera Zasulich—apareció en Ginebra en 1882; Marx y yo redactamos el prefacio. Desgraciadamente, he perdido el manuscrito alemán original y debo retraducir del ruso, lo que no es de ningún beneficio para el texto.

“La primera edición rusa del **Manifiesto Comunista**, traducido por Bakunin, fué editada después de 1860 en la imprenta del Kolokol. En ese momento, una edición rusa de esta obra tenía tanto más que para el Occidente la importancia de una curiosidad literaria. Ahora no es lo mismo. Cuán reducido era el terreno de acción del movimiento proletario en el momento de la aparición del **Manifiesto** (enero de 1848) es lo que resalta bien del último capítulo: **Posición de los comunistas rusos ante los diferentes partidos de oposición**. Rusia y los Estados Unidos, especialmente, no fueron mencionados. Era el momento en que Rusia formaba la última gran reserva de la reacción europea y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía el exceso de fuerzas del proletariado de Europa. Estos dos países proveían a Europa de primeras materias y le ofrecían al propio tiempo mercados para la venta de sus productos industriales. Los dos servían, pues, de una y otra manera, de contrafuerte a la organización social de Europa.

“¿Cuán cambiado está todo! Precisamente la emigración europea ha hecho posible el colosal desenvolvimiento de la agricultura en América del Norte, cuya competencia ha conmovido en sus cimientos a la grande y pequeña propiedad territorial de Europa. Es ella la que ha dado a los Estados Unidos, simultáneamente, la facultad

(1) Esta idea, que yo he consignado en el prefacio de la edición inglesa; esta idea, que según mi entender ha señalado para la ciencia histórica el mismo progreso que la teoría de Darwin para las ciencias naturales, nos aproximó a los dos bastantes años antes de 1845. Mi libro sobre “La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra” demuestra hasta dónde había yo llegado en esa dirección. Pero cuando en febrero de 1845 encontré de nuevo a Marx en Bruselas, éste la había madurado por completo y me la expuso casi tan claramente como lo he hecho más arriba. (Nota de F. Engels.)

de emprender la explotación de sus grandes recursos industriales con energía y medidas tales que el monopolio industrial de Europa occidental desaparecerá rápidamente. Estas dos circunstancias repercuten a su vez, de una manera revolucionaria, sobre la misma América. La pequeña y la media propiedad campesina, piedra angular de la organización política de América, desaparecen de continuo bajo la concurrencia de las explotaciones agrícolas gigantescas, mientras que en la industria se forma por primera vez un numeroso proletariado, al lado de una fabulosa concentración de capital.

Pasemos a Rusia. Al producirse la revolución de 1848-49, los monarcas de Europa, así como la burguesía, veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a tener conciencia de su fuerza. El zar fué aclamado como el jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gatchina, el prisionero de guerra de la revolución, y Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

"El Manifiesto Comunista proclamaba la desaparición próxima e inevitable de la propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del capitalismo, que se desarrolla febrilmente, y de la propiedad territorial burguesa, en vías de formación, más de la mitad del suelo es propiedad común de los campesinos.

"¿Se trata, entonces, de saber si la comunidad rural rusa, forma ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común del suelo, pasará directamente a una forma comunista superior de la propiedad territorial, o bien si debe seguir desde luego el mismo proceso de disolución que ha sufrido en el desenvolvimiento histórico de Occidente?

"La única respuesta que se debe dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal de una revolución obrera en Occidente, de modo que la una sea el complemento de la otra, la propiedad común actual de Rusia podrá servir de punto de partida a una revolución comunista.

"Londres, 21 de enero de 1882."

Una nueva traducción polaca apareció hacia esa época en Ginebra: **Manifest Kommunistyczny**.

Después, una nueva traducción danesa ha aparecido en la **Socialdemokratik Bibliotek** (Copenhague, 1885). Desgraciadamente, no está completa; algunos pasajes esenciales, sin duda por dificultades de traducción, han sido omitidos, y aquí y allá se notan señales de negligencia que son tanto más lamentables cuanto que se ve, por el resto, que la traducción habría podido ser excelente con un poco más de cuidado.

En 1886 apareció una nueva traducción francesa en **Le Socialiste**, de París; es hasta ahora la mejor (1).

Después de ésta ha aparecido en el mismo año una versión española, primero en **El Socialista** y luego en folleto: "**Manifiesto del Partido Comunista**", por Carlos Marx y F. Engels, Madrid, Administración de **El Socialista**, Hernán Cortés, 8.

(1) Fué obra de Laura y Paul Lafargue. (Nota del Editor.)

A título de curiosidad diré que en 1887 fué ofrecido a un editor de Constantinopla el manuscrito de una traducción armenia: el excelente hombre no tuvo el valor de imprimir el folleto en el cual figuraba el nombre de Marx, y pensó que sería preferible que el traductor apareciese como autor; lo que éste se negó a hacer.

Después han sido reimpresas diferentes veces en Inglaterra ciertas traducciones americanas más o menos inexactas, y por fin una traducción auténtica ha aparecido en 1888. Esta es debida a mi amigo Samuel Moore, y ha sido revisada por los dos antes de su impresión. Lleva por título **Manifiesto of the Communist Party, Londres**. Yo he reproducido en la presente edición algunas notas de esta traducción inglesa.

El **Manifiesto** tiene vida propia. Recibido con entusiasmo en el momento de su aparición por la vanguardia poco numerosa del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio), fué pronto relegado al olvido por la reacción que siguió a la derrota de los obreros parisienses, en junio de 1848, y proscribió "por la ley" a consecuencia de la condena de los comunistas de Colonia, en noviembre de 1852. De igual modo que el movimiento obrero que se inició con la revolución de febrero, el **Manifiesto** también desapareció de la escena política.

Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas para un nuevo asalto contra el poderío de las clases dominantes nació la Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta tenía por objeto reunir en un inmenso ejército a toda la clase obrera de Europa y América. No podía, pues, **partir** de los principios expuestos en el **Manifiesto**. Debía darse un programa que no cerrara la puerta a las Trade-Unions, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles, y a los lassallianos alemanes (1). Este programa—el preámbulo de los Estatutos de la Internacional—fué redactado por Marx con una maestría que fué reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas. Para el triunfo definitivo de las doctrinas expuestas en el **Manifiesto**, Marx se remitía únicamente al desarrollo intelectual de la clase obrera que debía resultar de la comunidad de acción y de discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas más todavía que los éxitos, no podían dejar de hacer sentir a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que hasta entonces habían creído y de tornarles capaces de penetrar hasta las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, después de la disolución de la Internacional, era diferente de la de 1864, en el momento de su fundación. El proudhonismo de los países latinos y el lassallismo propiamente dicho en Alemania estaban en la agonía, y las mismas Uniones

(1) Lassalle se declaraba siempre personalmente, respecto de nosotros, "discípulo" de Marx, y como tal se colocaba sin duda sobre el terreno del "Manifiesto". Muy al contrario de aquellos de sus partidarios que no pasaron más allá de su programa de Asociaciones de producción garantizadas por el Estado y que dividieron a la clase trabajadora en obreros que contaban con el Estado y obreros que sólo contaban con ellos mismos. (Nota de F. Engels.)

industriales inglesas, entonces ultraconservadoras, se acercaban poco a poco al momento en que el presidente del Congreso de Swansea, en 1887, pudiera decir en su nombre: "El socialismo continental ha dejado de ser para nosotros un espantajo." Pero el socialismo continental casi estaba identificado, en 1887, con la teoría formulada en el **Manifiesto**. Y así la historia del **Manifiesto** refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más extendida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de millones de obreros de todos los países, de Siberia a California.

Y, sin embargo, cuando apareció no pudimos titularle **Manifiesto Socialista**. En 1847 se comprendía bajo el nombre de socialista dos grupos especiales: de un lado, los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya unos y otros sino simples sectas agnizantes; de otra parte, los múltiples curanderos, que querían, con sus panaceas variadas y con toda suerte de remiendos, suprimir las miserias sociales sin tocar al capital y el beneficio. En ambos casos, eran gentes que vivían fuera del movimiento obrero y que buscaban más bien apoyo cerca de las clases "instruidas". En cambio, la parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de los simples trastornos políticos, quería una transformación fundamental de la sociedad, se llamaba entonces **comunista**. Era un comunismo apenas elaborado, muy instintivo, a veces un poco **grosero**; pero fué asaz pujante para producir dos sistemas de comunismo: en Francia, la **Icaria**, de Cabet, y en Alemania, el de Weitling. El Socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el Comunismo, un movimiento obrero. El Socialismo era, al menos en el continente, un pasatiempo mundano; el Comunismo era otra cosa. Y como nosotros opinábamos por entonces muy claramente que "la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos", no pudimos vacilar un instante sobre la denominación que escogeríamos. Después no se nos ha ocurrido jamás modificarla.

"¡Proletarios de todos los países, uníos!" Sólo algunas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras por el mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisiense, en la cual el proletario se insurreccionó en nombre de sus propias reivindicaciones. Pero el 28 de septiembre de 1864 los proletarios de la mayoría de los países de Europa occidental se reunieron en la Asociación Internacional de los Trabajadores, de gloriosa memoria. La Internacional no vivió sino nueve años; mas los lazos que ella estableció entre los proletarios de todos los países subsisten todavía, y no hay mejor prueba que la jornada de este día. En el momento en que escribo estas líneas, el proletariado de Europa y América pasa revista a sus fuerzas, por la primera vez movilizadas en un solo ejército, bajo la misma bandera y para un objeto inmediato: la fijación legal de la jornada normal de ocho horas, proclamada ya en 1866 por el Congreso de la Internacional celebrada en Ginebra y de nuevo por el Congreso obrero de París en 1889. El espectáculo de hoy demostrará a los capitalistas y a los propietarios territo-

riales de todas las naciones que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

¡Qué lástima que Marx no pueda estar a mi lado para verlo con sus propios ojos!

F. Engels.

Londres, 1 de mayo de 1890.

IV

Prefacio de Engels a la edición polaca de 1892

El hecho de que una nueva edición del **Manifiesto Comunista** sea necesaria invita a diferentes reflexiones.

Ante todo conviene remarcar que durante los últimos tiempos, el **Manifiesto**, en cierta medida, ha pasado a ser un índice del desarrollo de la gran industria en Europa. En la proporción en que, en un determinado país, la gran industria se desarrolla, se ve crecer entre los obreros de esa industria el deseo de comprender su situación en tanto que clase obrera con relación a la clase de los propietarios, se ve progresar el movimiento socialista y aumentar la demanda del **Manifiesto**. Así pues, el número de ejemplares del **Manifiesto** difundidos en un idioma, permite determinar con bastante exactitud no sólo la situación del movimiento obrero, sino también el grado de desarrollo de la gran industria en cada país.

Por eso la nueva edición del **Manifiesto** indica el crecimiento continuo de la gran industria de Polonia. No hay duda que un tal desenvolvimiento se ha llevado a cabo realmente, en el curso de los diez años que han transcurrido desde la última edición. Polonia ha pasado a ser una gran región industrial del Estado ruso.

Mientras que la gran industria rusa se halla dispersada—una parte se encuentra en el Golfo de Finlandia, otra en las provincias del centro (Moscú y Vladimir), otra al lado del Mar Negro y del Mar Azov, la industria polaca, en cambio, se concentra en una extensión relativamente pequeña y goza de todas las ventajas e inconvenientes de una tal concentración. Las ventajas son bastante conocidas por los fabricantes rusos, que reclaman tarifas protectoras contra Polonia, a pesar de su ferviente deseo de rusificar a todos los polacos. Los inconvenientes—para los fabricantes polacos y para el Gobierno ruso—residen en la difusión rápida de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en el crecimiento ininterrumpido de la demanda del **Manifiesto**.

Pero el desenvolvimiento rápido de la industria polaca, que sobrepasa al de la industria rusa, constituye a su vez una nueva prueba de la inagotable energía vital de la nación polaca y de una nueva garantía del futuro renacimiento nacional. El resurgimiento de una Polonia independiente y fuerte es importante no sólo para los polacos, sino para todos nosotros. La estrecha cooperación de las naciones europeas no será posible más que cuando cada una de ellas sea completamente dueña de su casa. La revolución de 1848, que, bajo la bandera del proletariado, no condujo a los protagonistas proleta-

rios más que a sacar las castañas del fuego a la burguesía, ha realizado por manos de sus ejecutores testamentarios—Napoleón y Bismarck la independencia de Italia, de Alemania y de Hungría, mientras que Polonia que desde 1791 ha trabajado por la revolución más que esas tres naciones juntas, fué abandonada a ella misma cuando fué aplastada, en 1863, por Rusia, potencia diez veces superior.

La nobleza polaca no era capaz ni de defender ni de reconquistar su independencia; esta independencia es para la burguesía de un interés cada vez menor. No podrá ser obtenida más que para el joven proletariado polaco. En manos de éste, su destino es seguro. He aquí por qué los obreros de Europa occidental no se hallan menos interesados por la liberación de Polonia que los mismos obreros polacos.

F. Engels

Londres, 10 de enero de 1892.

V

Prefacio de Engels a la edición italiana de 1893

La publicación del **Manifiesto Comunista** coincidió, por decirlo así, con el 18 de marzo, con las revoluciones de Milán y de Berlín, que fueron las revoluciones de dos naciones ocupando regiones centrales; la una, el centro del continente europeo; la otra, cerca del Mediterráneo; dos naciones que hasta entonces se despedazaban en luchas interiores cayendo así bajo la dominación extranjera. Si Italia se hallaba subyugada por el emperador austriaco, el yugo sobre Alemania no era menos real, si bien más indirecto: el del zar ruso. La revolución del 18 de marzo liberó a Italia y a Alemania de este oprobio, y si de 1848 a 1871, esas dos naciones se restablecieron y, en cierto sentido, volvieron hacia ellas mismas, fué, como decía Karl Marx, porque los mismos personajes que aplastaron la revolución de 1848 fueron, a pesar suyo, sus ejecutores testamentarios.

Esas revoluciones fueron por doquier la obra de la clase obrera, ya que era ella quien construía las barricadas y sacrificaba su vida. Solamente los obreros parisienses, derrocando el Gobierno, tuvieron la firme y decidida intención de barrer todo el régimen burgués. Pero aunque hubiesen ya adquirido conciencia del fatal antagonismo que existía entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas habían alcanzado aún el nivel que permitiera llevar a cabo una revolución social. He aquí por qué los frutos de la revolución, en fin de cuentas, pasaron a la clase de los capitalistas. En otros países, en Italia, en Austria, en Alemania, desde el primer momento los obreros no hacían más que ayudar a la burguesía a conquistar el Poder. Pero en todas partes, la dominación de la burguesía no es posible más que a condición de la independencia nacional. Así, pues, la revolución de 1848 debía conducir a la unidad y a la independencia de las naciones que hasta entonces no las habían conquistado: Italia, Alemania y Hungría. Polonia les sucederá.

Si la revolución de 1848 no era una revolución socialista, le ha desbrozado el terreno y le ha preparado el camino. En virtud del gran impulso que recibió en todos los países a causa del desenvolvimiento de la gran industria, la sociedad burguesa ha desarrollado en el curso de los últimos 45 años un proletariado numeroso, concentrado y fuerte; la burguesía ha producido así, para emplear la expresión del **Manifiesto**, sus propios enterradores. Sin la independencia y la unidad de cada nación, es imposible realizar ni la unidad internacional del proletariado, ni la cooperación consciente de esas naciones hacia objetivos comunes. ¡Representaos, si os es posible, la acción mancomunada e internacional de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos en las condiciones políticas que existieron hasta 1848!

Los combates de 1848 no fueron vanos; de igual modo que los cuarenta y cinco años que nos separan de esa época no han pasado inútilmente. Sus frutos comienzan a madurar, y todo lo que yo deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio para la victoria del proletariado italiano, como la publicación del original fué un presagio de la revolución internacional.

El **Manifiesto** rinde justicia del todo a los servicios revolucionarios prestados por el capitalismo en el pasado. La primera nación capitalista fué Italia. La desaparición del feudalismo medieval, la aurora de la era capitalista contemporánea son señaladas por una colosal figura. Es un italiano, el Dante, que es a la vez el último poeta de la Edad Media y el primero de los tiempos modernos. Ahora, como en 1390, comienza a despuntar una nueva etapa histórica. ¿Encontrará Italia el nuevo Dante que marque la hora del nacimiento de esta nueva época, la era del proletariado?

F. Engels

Londres, 1 de febrero de 1893.

MANIFIESTO COMUNISTA

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del Comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han unido en una Santa Alianza para acorralar a ese fantasma: el papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales de Francia y los polizontes de Alemania.

¿Qué partido de oposición no ha sido acusado de comunismo por sus adversarios en el Poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado a sus adversarios de la derecha o izquierda el epíteto zahiriente de comunista?

De aquí resulta una doble enseñanza:

Primera. El Comunismo está reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa, y

Segunda. Ha llegado el momento de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero su manera de ver, sus fines y sus tendencias; que opongan a la leyenda del fantasma del Comunismo un manifiesto del partido.

Con este objeto, comunistas de diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el manifiesto siguiente, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS

La historia de toda sociedad hasta nuestros días (1) no ha sido sino la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, maestros artesanos y compañeros, en una palabra, opresores y oprimidos, en lucha constante, mantuvieron una guerra ininterrumpida, ya abierta, ya disimulada; una guerra que terminó siempre, bien por una transformación revolucionaria de la sociedad, bien por la destrucción de las dos clases antagónicas.

En las primitivas épocas históricas encontramos por todas partes una división jerárquica de la sociedad, una escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, compañeros y siervos, y en cada una de estas clases graduaciones particulares.

La sociedad burguesa moderna, levantada sobre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clases. No ha hecho sino substituir con nuevas clases a las antiguas, con nuevas condiciones de opresión, con nuevas formas de lucha.

Sin embargo, el carácter distintivo de nuestra época, de la época de la burguesía, es haber simplificado los antagonismos de clases. La sociedad se divide cada vez más en dos grandes campos opuestos, en dos clases directamente enemigas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media nacieron los habitantes de las primeras ciudades; de esta población municipal salieron los elementos constitutivos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación del Africa ofrecieron a la burguesía naciente un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de la China, la colonización de América, el mercado colonial, la multiplicación de los medios de cambio y de mercancías, imprimieron un impulso hasta entonces desconocido al

(1) Mejor dicho, la historia "escrita". En 1847, la historia de la organización social que ha precedido a toda historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Después, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad común de la tierra. Maurer ha demostrado que era la base social de donde procedían históricamente todas las tribus alemanas, y se ha descubierto poco a poco que el Municipio rural con posesión colectiva de la tierra era la forma primitiva de la sociedad desde las Indias hasta Irlanda. Por fin, la estructura de esta sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro en lo que tiene de típico, por el descubrimiento decisivo de Morgan, que ha hecho conocer la verdadera naturaleza de la "gens" y su lugar en la tribu. Con la disolución de estas comunidades primitivas comenzó la división de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. (Nota de F. Engels.)

comercio, a la navegación, a la industria, y aseguraron, en consecuencia, un desarrollo rápido al elemento revolucionario en la sociedad feudal en decadencia.

La antigua manera de producir, rodeada de privilegios feudales, no podía satisfacer las necesidades crecientes con la apertura de nuevos mercados. Fué reemplazada por la manufactura. La pequeña burguesía industrial suplantó a los gremios; la división del trabajo entre las diferentes Corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados se engrandecían sin cesar; la demanda crecía siempre. También la manufactura resultó insuficiente. La máquina y el vapor revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna suplantó a la manufactura; la pequeña burguesía manufacturera cedió su puesto a los industriales millonarios—jefes de ejércitos completos de trabajadores—, a los burgueses modernos.

La industria ha creado el mercado universal, preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación, de todos los medios de comunicación. Este desarrollo reaccionó a su vez sobre la marcha de la industria, y a medida que la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, se desenvolvían, la burguesía se engrandecía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término las clases transmitidas por la Edad Media.

La burguesía, como vemos, es por sí misma producto de un largo desenvolvimiento, de una serie de revoluciones en los medios de producción y de comunicación.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha estado acompañada de un progreso político correspondiente. Clase oprimida por el despotismo feudal; asociación armada gobernándose a sí misma en el Municipio (1); en unos sitios, República municipal independiente; en otros, "tercer estado" contributivo de la Monarquía, después, durante el período manufacturero, contrapeso de la nobleza en las Monarquías semif feudales o absolutas, piedra angular de las grandes Monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, lucha, finalmente por la hegemonía exclusiva del poder político, es el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es sino un Comité administrativo de los negocios de toda la clase burguesa.

La burguesía ha jugado en la Historia un papel altamente revolucionario.

Allí donde ha conquistado el poder ha pisoteado las relaciones feudales patriarcales e idílicas. Todas las ligaduras feudales que ataban el hombre a sus "superiores naturales" las ha quebrantado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre hombre y hombre que el frío interés, el duro pago al contado. Ha ahogado el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, el sentimentalismo del pequeño

(1) Por esto, los habitantes de las ciudades en Italia y en Francia se denominan Comunidad urbana, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos a una administración autónoma. (Nota de F. Engels.)

burgués, en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha substituido las numerosas libertades, tan dolorosamente conquistadas, con la única e implacable libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, directa, brutal y descarada.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones hasta entonces reputadas de venerables y veneradas. Del médico, del jurisconsulto, del sacerdote, del poeta, del sabio, ha hecho trabajadores asalariados.

La burguesía ha descornado el velo de sentimentalidad que encubría las relaciones de familia y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha demostrado cómo la brutal manifestación de la fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, encuentra su complemento natural en la más lamentable pereza. Es ella la que primero ha probado lo que puede realizar la actividad humana: ha creado maravillas muy superiores a las pirámides egipcias, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha dirigido expediciones superiores a las invasiones y a las Cruzadas.

La burguesía no existe sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de trabajo o, lo que es lo mismo, el modo de producción; es decir, todas las relaciones sociales. La persistencia del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Este cambio continuo de los modos de producción; este incesante derrumbamiento de todo el sistema social; esta agitación y esta inseguridad perpetuas distinguen a la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones sociales tradicionales y estereotipadas, con su cortejo de creencias y de ideas admitidas y veneradas, quedan rotas: las que las reemplazan se hacen añejas antes de haber podido cristalizar. Todo lo que era sólido y estable es destruido; todo lo que era sagrado es profanado, y los hombres se ven forzados a considerar sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas con desilusión.

Impulsada por la necesidad de mercados siempre nuevos, la burguesía invade el mundo entero. Necesita penetrar por todas partes, establecerse en todos los sitios, crear por doquier medios de comunicación.

Por la explotación del mercado universal, la burguesía da un carácter cosmopolita a la producción de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su carácter nacional. Las antiguas industrias nacionales son destruidas o están a punto de serlo. Han sido suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción entraña una cuestión vital para todas las naciones civilizadas: industrias que no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las regiones más alejadas, y cuyos productos se consumen, no sólo en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, nacen necesidades nuevas, re-

clamando para su satisfacción productos de los lugares más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las naciones que se bastaban a sí mismas, se desenvuelve un tráfico universal, una interdependencia de las naciones. Y esto, que es verdad para la producción material, se aplica a la producción intelectual. Las producciones intelectuales de una nación advienen propiedad común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de todas las literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Por el rápido desenvolvimiento de los instrumentos de producción y de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización hasta las más bárbaras naciones. La baratura de sus productos es la gruesa artillería que derrumba todas las murallas de la China y hace capitular a los salvajes más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Bajo pena de muerte, obliga a todas las naciones a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir lo que llama su civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen.

La burguesía ha sometido el campo a la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado prodigiosamente la población de las ciudades a expensas de la de los campos, y así ha substraído una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, las naciones bárbaras o semibárbaras a las naciones civilizadas, ha subordinado los países agrícolas a los países industriales, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en un pequeño número de manos. La consecuencia fatal de estos cambios ha sido la centralización política. Las provincias independientes, o ligadas entre sí por lazos federales, pero teniendo intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido reunidas en una sola nación, bajo un solo Gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase, una sola tarifa aduanera.

La burguesía, después de su advenimiento, apenas hace un siglo, ha creado fuerzas productivas más variadas y más colosales que todas las generaciones pasadas tomadas en conjunto. La subyugación de las fuerzas naturales, las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la rotura de continentes enteros, la canalización de los ríos, las poblaciones surgiendo de la tierra como por encanto, ¿qué siglo anterior había sospechado que semejantes fuerzas productivas durmieran en el seno del trabajo social?

He aquí, pues, lo que nosotros hemos visto: los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en las entrañas de la sociedad feudal. A un cierto grado de desenvolvimiento de los medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la industria y de la manufactura, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de co-

responder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Dificultaban la producción en lugar de acelerarla. Se transformaron en otras tantas cadenas. Era preciso romper esas cadenas y se rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social, y política correspondientes, con la dominación económica y política de la clase burguesa.

A nuestra vista se produce un movimiento análogo. Las condiciones burguesas de producción y de cambio, el régimen burgués de la propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes medios de producción y de cambio, semeja al mago que no sabe dominar las potencias infernales que ha evocado. Después de algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es sino la historia de la rebelión de las fuerzas productivas contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales, que por su retorno periódico ponen en entredicho la existencia de la sociedad burguesa. Cada crisis destruye regularmente no sólo una masa de productos ya creados, sino, todavía más, una parte de las mismas fuerzas productivas. Una epidemia que en cualquier otra época hubiera parecido una paradoja, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se encuentra súbitamente rechazada a un estado de barbarie momentánea; diríase que un hambre, una guerra de exterminio la priva de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. ¿Y por qué? Porque la sociedad tiene demasiada civilización, demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el desarrollo de la propiedad burguesa; al contrario, han resultado tan poderosas que constituyen de hecho un obstáculo, y cada vez que las fuerzas productivas sociales salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a la sociedad entera y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. El sistema burgués resulta demasiado estrecho para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo remonta esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción violenta de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿A qué conduce esto? A preparar crisis más generales y más formidables y a disminuir los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que manejarán esas armas: los obreros modernos, los **proletarios**.

En la proporción en que se desenvuelve la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo y que no lo encuentran si su trabajo no acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse diariamente, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio; sufren, por consecuencia, todas las vicisitudes de la competencia, todas las fluctuaciones del mercado.

La introducción de las máquinas y la división del trabajo, despo-

jando a la labor del obrero de todo carácter individual, le ha hecho perder todo atractivo. El productor resulta un simple apéndice de la máquina: no se exige de él sino la operación más simple, más monótona, más rápida. Por consecuencia, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de sostenimiento de que tiene necesidad para vivir y para perpetuarse. Según eso, el precio del trabajo, como el de toda mercancía, es igual a su coste de producción. Por consiguiente, cuanto más sencillo resulta el trabajo, más bajan los salarios. Además, la suma de trabajo se acrecienta con el desenvolvimiento del maquinismo y de la división del trabajo, sea por la prolongación de la jornada, sea por la aceleración del movimiento de las máquinas y, por tanto, del rendimiento exigido en un tiempo dado.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro artesano en la gran fábrica del burgués capitalista. Masas de obreros, amontonados en la fábrica, están organizados militarmente. Son como simples soldados de la industria, colocados bajo la vigilancia de una jerarquía completa de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del contra-maestre y, sobre todo, del mismo dueño de la fábrica. Cuanto más claramente proclama este despotismo la ganancia como fin único, más mezquino, odioso y exasperante resulta.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo, es decir, cuanto más progresa la industria moderna, con mayor facilidad es suplantado el trabajo de los hombres por el de las mujeres y los niños. Las distinciones de edad y sexo no tienen importancia social para la clase obrera. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo precio varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: casero, tendero, prestamista, etc.

Pequeños industriales, comerciantes y renteros, artesanos y labradores, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en el proletariado: de una parte, porque sus pequeños capitales nos les permiten emplear los procedimientos de la gran industria y sucumben en la concurrencia con los grandes capitalistas; de otra parte, porque su habilidad técnica es anulada por los nuevos modos de producción. De suerte que el proletariado se recluta en todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de evolución. Pero su lucha contra la burguesía comenzó así que nació.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados; en seguida, por los obreros de una misma fábrica, y al fin, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra la burguesía que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra el modo burgués de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, queman las fábricas y se esfuerzan en reconquistar la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En este momento el proletariado forma una masa diseminada por todo el país y desmenuzada por la competencia. Si alguna vez los obreros forman en masas compactas, esta acción no es todavía la consecuencia de su propia unidad, sino la de la burguesía, que por atender a sus fines políticos debe poner en movimiento al proletariado, sobre el que tiene todavía el poder de hacerlo. Durante esta fase los proletarios no combaten aún a sus propios enemigos, sino a los adversarios de sus enemigos; es decir, los residuos de la monarquía absoluta, propietarios territoriales, burgueses no industriales, pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico es de esta suerte concentrado en las manos de la burguesía; toda victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria burguesa.

Ahora bien: la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas más considerables; los proletarios aumentan en fuerza y adquieren conciencia de su fuerza. Los intereses, las condiciones de existencia de los proletarios, se igualan cada vez más a medida que la máquina borra toda diferencia en el trabajo y reduce casi por todas partes el salario a un nivel igualmente inferior. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ocasionan, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en más precaria situación; los choques individuales entre el obrero y el burgués adquieren cada vez más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coligarse contra los burgueses para el mantenimiento de sus salarios. Llegan hasta formar Asociaciones permanentes en previsión de estas luchas circunstanciales. Aquí y allá la resistencia estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas es menos el éxito inmediato que la solidaridad aumentada de los trabajadores. Esta solidaridad es favorecida por el acrecentamiento de los medios de comunicación, que permiten a los obreros de localidades diferentes ponerse en relaciones. Después, basta ese contacto, que por todas partes reviste el mismo carácter, para transformar las numerosas luchas locales en lucha nacional con dirección centralizada, en lucha de clase. Mas toda lucha de clase es una lucha política. Y la unión que los burgueses de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos la conciertan en algunos años por los ferrocarriles.

Esta organización del proletario en clase y, por tanto, en partido político es sin cesar destruida por la competencia que se hacen los obreros entre sí. Pero renace siempre, y siempre más fuerte, más firme, más formidable. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a dar garantía legal a ciertos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de las diez horas en Inglaterra.

Generalmente las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el desenvolvimiento del proletariado. La burguesía vive en un estado de guerra permanente al principio, contra la

aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses están en desacuerdo con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y también a arrastrarle al movimiento político. De tal manera la burguesía proporciona a los proletarios los rudimentos de su propia educación política; es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de verlo, fracciones enteras de la clase dominante son, por la marcha de la industria, precipitadas en el proletariado o al menos están amenazadas en sus condiciones de existencia. También aportan al proletariado numerosos elementos de progreso.

Finalmente, cuando la lucha de las clases se acerca a la hora decisiva, el proceso de disolución de la clase reinante, de la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento, tan áspero, que una pequeña fracción de esa clase se separa y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase que lleva en sí el porvenir. Lo mismo que en otro tiempo una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días una parte de la burguesía se pasa al proletariado, principalmente aquella parte de los ideólogos burgueses elevados a la inteligencia teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que a la hora presente se encuentran enfrentadas con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las otras clases decaen o perecen con la gran industria; el proletariado, al contrario, es su producto más característico.

Las clases medias — pequeños fabricantes, tenderos, artesanos, campesinos — combaten a la burguesía porque es una amenaza para su existencia como clases medias. No son, pues, revolucionarios: piden que la Historia retroceda. Si se agitan revolucionariamente es por temor a caer en el proletariado; defienden entonces sus intereses futuros y no sus intereses actuales; abandonan su propio punto de vista para colocarse en el del proletariado.

La canalla de las grandes ciudades (1), esa podredumbre pasiva, esa hez de los más bajos fondos de la vieja sociedad, puede encontrarse arrastrada al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, sus condiciones de vida la predispondrán más bien a venderse a la reacción.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado está sin propiedad; sus relaciones de familia no tienen nada de común con las de la familia burguesa; el trabajo industrial moderno, que implica la servidumbre del obrero al capital, lo mismo en Inglaterra que en Francia, en América como en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él meros prejuicios burgueses, tras de los cuales se ocultan otros tantos intereses burgueses.

(1) Lumpenproletariat el proletariado haraposo, la canalla.

Todas las clases que en el pasado se adueñaron del Poder ensayaron consolidar su adquirida situación sometiendo la sociedad a su propio modo de apropiación. Los proletarios no pueden apoderarse de las fuerzas productivas sociales sino aboliendo el modo de apropiación que les atañe particularmente y, por consecuencia, todo modo de apropiación en vigor hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar que les pertenezca; tienen que destruir toda garantía privada, toda seguridad privada existente.

Todos los movimientos históricos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento espontáneo de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede sublevarse, enderezarse, sin hacer saltar todas las capas superpuestas que constituyen la sociedad oficial.

La lucha del proletariado contra la burguesía, aunque en el fondo no sea una lucha nacional, adquiere sin embargo, al principio, tal forma. Naturalmente, el proletariado de cada país debe acabar antes de nada con su propia burguesía.

Al bosquejar las fases del desenvolvimiento proletario, hemos trazado el curso de la guerra civil más o menos latente que mina la sociedad hasta el momento en que esta guerra se convierte en una revolución declarada y en la que el proletariado fundará su dominación por el derrumbamiento violento de la burguesía.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado sobre el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para oprimir a una clase falta al menos poderle garantizar condiciones de existencia que le permitan vivir en la servidumbre. El siervo, en pleno régimen feudal, llegaba a miembro del Municipio, lo mismo que el pechero llegaba a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, al contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más bajo, por debajo mismo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía es incapaz de desempeñar el papel de clase dirigente y de imponer a la sociedad como ley suprema las condiciones de existencia de su clase. No puede mandar porque no puede asegurar a su esclavo una existencia compatible con la esclavitud, porque está condenada a dejarle decaer hasta el punto de que deba mantenerle en lugar de hacerse alimentar por él. La sociedad no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es en lo sucesivo incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de existencia y de supremacía para la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el salariado. El salariado reposa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía es agente involuntario y pasivo, substituye al aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, con su unión revolucionaria por medio de la asociación. Así, el desenvolvimiento de la gran industria socava bajo los pies de la bur-

guesía el terreno sobre el cual ha establecido su sistema de producción y de apropiación. Ante todo produce sus propios sepulcros. Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Cuál es la posición de los comunistas ante los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido distinto, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen ningún interés que les separe del conjunto del proletariado.

No proclaman principios distintos sobre los cuales quisieran modelar el movimiento obrero.

Los comunistas no se distinguen de los otros partidos obreros más que en dos puntos:

1.º En las diferentes luchas nacionales de los proletarios ponen por delante y hacen valer los intereses dependientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado; y

2.º En las diferentes fases de la lucha entre proletarios y burgueses representan siempre y por todas partes los intereses del movimiento integral del proletario.

Prácticamente, los comunistas son, pues, la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra a las otras; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de un concepto claro de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario.

El propósito inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los partidos obreros: construcción de los proletarios en clase, destrucción de la supremacía burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan en ningún modo sobre las ideas y los principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clase existente, de un movimiento histórico evolucionando ante nuestra vista. La abolición de las relaciones de propiedad que han existido hasta aquí no es el carácter distintivo del Comunismo.

El régimen de la propiedad ha sufrido constantes cambios, continuas transformaciones históricas.

La Revolución francesa, por ejemplo, ha abolido la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El carácter distintivo del Comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Según esto, la propiedad privada actual, la propiedad burguesa, es la última y la más perfecta expresión del modo de producción y de apropiación basado sobre los antagonismos de las clases, sobre la explotación de los unos por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: **abolición de la propiedad privada.**

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida por el trabajo, propiedad que se considera como la base de toda libertad, de toda actividad, de toda independencia individual.

¿La propiedad personal fruto del trabajo y del mérito! ¿Se quiere hablar de la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, forma de propiedad anterior a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido o está en camino de abolirla.

¿O bien se quiere hablar de la propiedad privada actual, de la propiedad burguesa?

¿Es que el trabajo asalariado crea propiedad para el proletariado? De ninguna manera. Crea el capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir más trabajo asalariado, a fin de explotarlo de nuevo. En su forma actual, la propiedad se mueve entre dos términos antagónicos: capital y trabajo. Examinemos los dos términos de esta antinomia.

Ser capitalista significa que no sólo se ocupa una posición personal en la producción, sino una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por los esfuerzos combinados de muchos miembros de la sociedad, y también, en último término, por los esfuerzos combinados de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

Por consecuencia, cuando el capital sea transformado en propiedad común, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es una propiedad personal que se cambia en propiedad común. Sólo habrá cambiado el carácter social de la propiedad. Entonces ésta perderá su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de existencia de que tiene necesidad el obrero para vivir como obrero. Por consiguiente, lo que el obrero se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para entretener su mísera existencia y para reproducirla. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable a la conservación y a la reproducción de la vida humana: esta apropiación no deja ningún beneficio líquido que confiera poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos es suprimir este triste modo de apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y no viva sino en tanto lo exigen los intereses de la clase dominante.

En la sociedad burguesa, el trabajo viviente no es más que un medio de acrecentar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista el trabajo acumulado no es más que un medio de prolongar, de enriquecer y de herosear la existencia de los trabajadores.

En la sociedad burguesa el pasado domina al presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina al pasado. En la

sociedad burguesa el capital es independiente y personal, mientras que el individuo que trabaja está sometido y privado de personalidad.

¡Y es la abolición de semejante estado de cosas lo que la burguesía considera como la abolición de la individualidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la individualidad, la independencia y la libertad burguesas.

Por libertad, en las condiciones actuales de la producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y de vender. Fuera de esto, toda la palabrería sobre el libre cambio, lo mismo que todas las fanfarronadas liberales de nuestros burgueses, no tienen sentido sino por contraste con el tráfico restringido, con el burgués sojuzgado en la Edad Media; no tienen ninguno cuando se trata de la abolición por el Comunismo del tráfico, de las relaciones de la producción burguesa y de la burguesía misma.

¡Estáis sobrecogidos de horror porque queremos abolir la propiedad privada! Pero en vuestra sociedad la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría sea privada de toda propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Desde el momento en que el trabajo no pueda ser convertido en capital, en dinero, en renta territorial, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir, desde el instante en que la propiedad individual no pueda transformarse en propiedad burguesa, declararéis que el individuo está suprimido.

Reconocéis, pues, que cuando habláis del individuo no entendéis hablar sino del burgués, del propietario. Y este individuo, ciertamente, debe ser suprimido.

El Comunismo no arrebató a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita sino el poder de sojuzgar el trabajo de otro con ayuda de esta apropiación.

Se ha objetado asimismo que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad, que una pereza general se apoderaría del mundo.

Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido por la holgazanería, puesto que aquellos que trabajan no ganan y los que ganan no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: que no hay trabajo asalariado allí donde no hay capital.

Las acusaciones dirigidas contra el modo comunista de producción y de apropiación de los productos materiales han sido hechas igualmente respecto a la producción del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la civilización de clase significa para él la desaparición de toda civilización.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría sino la adaptación al papel de máquina.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el sello de vuestras nociones burguesas de libertad y de cultura, de derecho, etc. Vuestras ideas son en sí mismas producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es sino la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad—relaciones transitorias que surgen y desaparecen en el curso de la producción—, la compartís con todas las clases dirigentes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad feudal, no podéis admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan de este infame designio de los comunistas.

¿Sobre qué base descansa la familia burguesa en nuestra época? Sobre el capital, sobre el provecho individual. En su plenitud, la familia no existe sino para la burguesía, que encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa se desenvuelve naturalmente con el desvanecimiento de su complemento necesario, y una y otra desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los niños por sus familias? Confesamos este crimen.

Pero nosotros quebrantamos, decís, los lazos más sagrados substituyendo la educación por la familia por la educación por la sociedad.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad en la escuela, etcétera? Los comunistas no han inventado esta injerencia de la sociedad en la instrucción; no buscan sino cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen al niño con sus familiares, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletariado y transforma a los niños en simples objetos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

De la burguesía entera se eleva un clamor: ¡Vosotros, comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres!

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción dejan de ser puestos en común y deduce naturalmente que hasta las mujeres pertenecen a la comunidad.

No sospecha que se trata precisamente de asignar a la mujer un papel distinto del de simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que

inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de los proletarios, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en encornudarse mutuamente.

El matrimonio burgués es en realidad la comunidad de las mujeres casadas. Todo lo más de que podría acusarse a los comunistas sería de querer poner en el lugar de una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de mujeres que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y privada.

De otro lado, se acusa a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Como el proletariado de cada país debe, en primer lugar, conquistar el poder político, erigirse en clase nacionalmente dominante, constituirse como nación es todavía nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

Las demarcaciones nacionales y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desenvolvimiento de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado universal, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que les corresponden.

La conquista del Poder por el proletariado las hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común de los diferentes proletariados, al menos en los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

Abolir la explotación del hombre por el hombre, y habréis abolido la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de nación a nación.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el Comunismo en nombre de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no merecen un examen profundo.

¿Hay necesidad de una gran perspicacia para comprender que los conocimientos, las nociones y las concepciones; en una palabra, la conciencia del hombre, cambia con toda modificación sobrevenida en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia colectiva?

¿Qué demuestra la historia del pensamiento sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en una época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan una sociedad se anuncia solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad los elementos de una nueva se han formado y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas relaciones sociales.

Cuando el antiguo mundo estaba declinando, las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII las ideas cristianas cedieron su puesto a las ideas filosóficas, la sociedad feudal libraba su última batalla con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron sino proclamar el reinado de la libre concurrencia en el dominio del saber.

"Sin duda, se nos dirá, las ideas religiosas morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., son modificadas en el curso del desenvolvimiento histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se sostienen siempre a través de estas transformaciones.

"Hay además verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etcétera, que son comunes a todas las condiciones sociales. Luego si el Comunismo aboliera estas verdades eternas, aboliría la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y eso contradeciría todo el desenvolvimiento histórico anterior."

¿A qué se reduce esta objeción? La historia de toda sociedad se resume hasta aquí en los antagonismos de las clases, antagonismos que han revestido formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma revestida por estos antagonismos, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todas las edades, a despecho de toda divergencia y de toda diversidad, se haya siempre movido dentro de ciertas formas comunes: formas de conciencia que no se disolverán completamente sino con la definitiva desaparición del antagonismo de las clases.

La revolución comunista es la más radical ruptura con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño será si en el curso de su desenvolvimiento rompe de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Mas dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al Comunismo.

Como hemos visto más arriba, la primera etapa de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se servirá de su supremacía política para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado en clase dominante, y para aumentar rápidamente la cantidad de fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio sino por una violación despotica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción; es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento irán más allá ellas mismas y serán indispensables como medio para trastornar todo el sistema de producción.

Estas medidas, entiéndase bien, serán muy diferentes en los diversos países.

Sin embargo, para los países más avanzados las medidas siguientes podrán ser puestas en práctica:

- 1.º Expropiación de la propiedad territorial y aplicación de la renta a los gastos del Estado;
- 2.º Impuesto fuertemente progresivo;
- 3.º Abolición de la herencia;
- 4.º Confiscación de la propiedad de los emigrados y rebeldes;
- 5.º Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional en que el capital pertenecerá al Estado y gozará de un monopolio exclusivo;
- 6.º Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte;
- 7.º Multiplicación de las manufacturas nacionales y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras cultivadas según un sistema general;
- 8.º Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura;
- 9.º Combinación del trabajo agrícola y del trabajo industrial; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la distinción entre la ciudad y el campo, y
10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; combinación de la educación con la producción material, etc.

Una vez desaparecidos los antagonismos de clases en el curso de su desenvolvimiento, y estando concentrada toda la producción en manos de los individuos asociados, entonces perderá el Poder público su carácter político. El Poder político, hablando propiamente, es el poder organizado de una clase para la opresión de las otras. Si el proletariado, en su lucha contra la burguesía, se constituye fuertemente en clase; si se erige por una revolución en clase dominante y como clase dominante destruye violentamente las antiguas relaciones de producción, destruye al mismo tiempo que estas relaciones de producción las condiciones de existencia del antagonismo de las clases, destruye las clases en general, y, por lo tanto, su propia dominación como clase.

En substitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clases, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III

LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

I.—EL SOCIALISMO REACCIONARIO

A. El socialismo feudal

Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa se vieron obligadas a lanzar libelos contra la sociedad burguesa. En la Revolución francesa de 1830, en el movimiento reformista inglés,

habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. Para ellas, no podía ser en adelante cuestión de una lucha política seria. No les quedaba sino la lucha literaria. Luego, en el terreno literario también, la vieja fraseología de la Restauración había llegado a ser inaplicable. Para crearse simpatías era menester que la aristocracia fingiese perder de vista sus intereses propios y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Dióse de esta suerte la satisfacción de hacer canciones satíricas sobre su nuevo amo y tararearle junto a los oídos profecías con los más estupendos desastres.

Así es como nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y payasadas, de ecos del pasado y de barruntos del porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz y espiritual hirió a la burguesía en el corazón, su impotencia absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluye siempre por hacerle ridículo.

A guisa de bandera, estos señores enarbolaron la alforja del mendigo, a fin de atraer al pueblo; pero cuando el pueblo acudió, advirtió que el dorso estaba ornado con el viejo blasón feudal y se dispersó en medio de grandes e irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses y la joven Inglaterra han dado al mundo este espectáculo.

Cuando los campeones del feudalismo demuestran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que aquél explotaba en condiciones por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo el régimen feudal no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía es precisamente un retoño fatal de ese régimen.

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que el principal agravio que exponen contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar todo el antiguo orden social.

Además, no es tanto el haber producido un proletariado, lo que imputan como un crimen a la burguesía, sino el haber producido un proletariado revolucionario.

En la lucha política toman, pues, una parte activa en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en su vida ordinaria, a pesar de su fraseología hinchada, deben humillarse para recoger los frutos de oro del árbol de la industria y trocar el honor, el amor y la fidelidad por la lana, el azúcar de remolacha y el aguar-diente.

Del mismo modo que el cura y el señor feudal marcharon siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz de socialismo el ascetismo cristiano. El cristianismo, ¿no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? Y en su lugar, ¿no ha predicado la caridad y la renunciación, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es sino el agua bendita con que el clérigo consagra el desecho de la aristocracia.

B. El socialismo pequeño burgués

La aristocracia feudal no es la única clase arruinada por la burguesía, y no es la única clase cuyas condiciones de existencia se debilitan y menoscaban en la sociedad burguesa moderna. Los pequeños burgueses y los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países donde el comercio y la industria están poco desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía floreciente.

En los países donde se extiende la civilización moderna se ha formado una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Parte complementaria de la sociedad burguesa, dicha clase se reconstituye sin cesar; pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados en el proletariado por causa de la competencia, y con la marcha progresiva de la gran industria ven aproximarse el momento en que desaparecerán completamente como fracción independiente de la sociedad moderna, y en que serán reemplazados en el comercio, la manufactura y la agricultura por contramaestres y criados.

En los países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, los escritores que adoptaban la causa del proletariado contra la burguesía, debían, naturalmente, criticar el régimen burgués y defender el partido obrero desde el punto de vista del pequeño burgués y del labrador. Así se formó el socialismo pequeño burgués. Sismondi es el jefe de esta literatura, tanto en Inglaterra como en Francia.

Este socialismo analizó con mucha penetración las contradicciones inherentes a las relaciones de producción modernas. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos mortíferos del maquinismo y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la sobreproducción, las crisis, la fatal decadencia de los pequeños burgueses y de los agricultores, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, injusta en la distribución de las riquezas; la guerra de exterminio industrial de las naciones entre sí, la disolución de las añejas costumbres, de las antiguas relaciones de familia, de las viejas nacionalidades.

El fin positivo, no obstante, de ese socialismo es, ya restablecer los antiguos medios de producción y de cambio y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, ya hacer entrar por la fuerza los medios modernos de producción y de cambio en el cuadro estrecho de las antiguas relaciones de propiedad que han sido rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

Para la manufactura, el sistema de corporaciones; para la agricultura, el régimen patriarcal; he aquí su última palabra.

[Finalmente, en su último desarrollo esta tendencia se ha abandonado a una indigente melancolía.

C. El socialismo alemán o socialismo "verdadero"

La literatura socialista y comunista de Francia, que nace bajo la presión de una burguesía dominante y es la expresión literaria de la rebelión contra ese régimen, fué introducida en Alemania en el momento en que la burguesía comenzaba su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos y pretenciosos alemanes se echaron ávidamente sobre esta literatura; pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa en Alemania no habían sido importadas al mismo tiempo las condiciones sociales de Francia. Relativamente a las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la **realización de la naturaleza humana**. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran sino las reivindicaciones de la "razón práctica" en general, y las manifestaciones de la voluntad de los burgueses revolucionarios de Francia no expresaban a sus ojos sino las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

El trabajo propio de los literatos alemanes se redujo a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o cuando más a apropiarse las ideas francesas asimilándolas a sus opiniones filosóficas.

Se las apropiaron como se asimila una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras clásicas del viejo paganismo las absurdas leyendas sagradas del catolicismo. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura francesa. Deslizaron sus disparates filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones del dinero escribían: "enajenación del ser humano"; bajo la crítica francesa del Estado burgués, decían: "eliminación del poder de la universalidad abstracta", y así sucesivamente.

La adición de esta fraseología filosófica a los descubrimientos franceses la bautizaron así: "filosofía de la acción", "socialismo verdadero", "ciencia alemana del socialismo", "base filosófica del socialismo", etc.

De esta manera se castró completamente la literatura socialista y comunista francesa. Y como en manos de los alemanes dejó de ser la expresión de la lucha de una clase contra otra, nuestras gentes se felicitaron de estar colocadas por encima de la **estrechez francesa** y de haber defendido no sólo verdaderas necesidades, sino la "necesidad de lo verdadero"; no sólo los intereses del proletariado, sino los intereses del ser humano, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe sino en el cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomaba tan solamente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que los trompeteaba con tanto estrépito charlatanesco, perdió, sin embargo, poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra la monarquía absoluta y feudal, en una palabra, el movimiento liberal, resultó más serio.

De esta suerte, el **verdadero socialismo** halló la ocasión tan deseada de confrontar las reivindicaciones socialistas con el movimiento político. Pudo lanzar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el régimen representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de la prensa; contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas; pudo predicar a las masas que ellas no tenían nada que ganar, sino, al contrario, perderlo todo, en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó a este propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco, suponía la sociedad burguesa moderna, con las condiciones materiales de existencia que corresponden y una constitución política adecuada: cosas que todavía para Alemania se trataba precisamente de conquistar.

Para los Gobiernos absolutos de Alemania, con su cortejo de clérigos, de pedagogos, de hidalgos rapaces y de burócratas, este socialismo se convirtió en el espantajo soñado contra la burguesía amenazante.

Completó, por su hipocresía dulzarrona, los latigazos y los tiros que esos mismos Gobiernos administraron duramente a los obreros alemanes en rebeldía.

Si el **verdadero socialismo** se convirtió de este modo en un arma en manos de los Gobiernos, representaba directamente, por otra parte, un interés reaccionario, el interés del pequeño burgués. La clase de los pequeños burgueses, legada por el siglo XVI, y desde entonces sin cesar renaciendo bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla es aconsejar en Alemania este orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía amenaza a esta clase de caducidad cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra, por el desarrollo de un proletariado revolucionario. Al **verdadero socialismo** le pareció que podía destruir a la vez el capitalismo y el proletariado, haciendo de un solo tiro dos blancos diferentes. Y propagóse como una epidemia.

El vestido tejido con los hilos inmateriales de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental; ese ropaje trascendente en que los socialistas alemanes envolvieron sus secas "verdades eternas", no hicieron sino activar el derrumbamiento de su mercancia cerca de semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió más bien que su vocación era erigirse en el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó que la nación alemana era la nación normal, y el flis-teo alemán el hombre normal. A todas las infamias de este hom-

bre normal les dió un sentido oculto, un sentido superior y socialista que los transfiguraban completamente. Fué hasta el fin, levantándose contra la tendencia "brutalmente destructiva" del Comunismo y declarando que imparcialmente se cernía por encima de todas las luchas de clases. Casi sin excepciones, todas las publicaciones llamadas socialistas o comunistas que circulan en Alemania pertenecen a esta sucia y enervante literatura (1).

2.—EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUES

Una parte de la burguesía busca alcanzar remedio a los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa.

En esta categoría se colocan los economistas, los filántropos, los humanitarios, los mejoradores de la suerte de la clase obrera, los organizadores de la beneficencia, los protectores de los animales, los fundadores de las Sociedades de templanza, los reformadores desde su casa de todas calidades. Y se ha llegado hasta a elaborar este socialismo en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la *Filosofía de la Miseria*, de Proudhon.

Los socialistas burgueses quieren las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los daños que resultan fatalmente. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués elabora más o menos sistemáticamente esta representación consoladora. Cuando requiere al proletariado para realizar sus sistemas y hacer su entrada en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad pero despojándose de la concepción rencorosa que se ha formado de ella.

Otra parte de socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las relaciones de la vida material, de las relaciones económicas. Nótese que por transformación de las relaciones de la vida material este socialismo no entiende en modo alguno la abolición de las relaciones de producción burguesa, lo que no es posible más que por la revolución, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base misma de la producción burguesa, que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el salariado, y que no harán, cuando más, sino disimular los gastos y simplificar el trabajo administrativo del Gobierno burgués.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

(1) La tormenta revolucionaria de 1848 ha barrido esta lastimosa escuela y ha quitado a sus partidarios todo deseo de hacer todavía socialismo. El principal representante y el tipo clásico de esta escuela es M. Karl/Grün. (Nota de F. Engels.)

¡Libre cambio en interés de la clase obrera! ¡Derechos protectores en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

Porque el socialismo burgués se resume por completo en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3.—EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO CRITICO-UTOPICO

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, hechas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el estado embrionario del mismo proletariado como por ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que no podían ser producidas sino después del advenimiento de la burguesía. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado tiene forzosamente un contenido reaccionario. Preconiza un ascetismo general y un grosero igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el primer período de la lucha entre el proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente. (Véase **Burgueses y proletarios**.)

Los inventores de estos sistemas se dieron cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos disolventes en la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna independencia histórica, ningún movimiento político que le sea propio.

Como el desarrollo del antagonismo de las clases va de par en par con el desarrollo de la industria, no advierten de antemano las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se aventuran en busca de una ciencia social, de leyes sociales, con el fin de crear esas condiciones.

A la actividad social anteponen su propio ingenio; a las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; a la organización gradual y espontánea del proletariado en clase, una organización completa fabricada por ellos. El porvenir del mundo se decide con la propaganda y la práctica de sus planes de sociedad.

En la confección de esos planes, sin embargo, tienen la conciencia de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Por la forma rudimentaria de la lucha de las clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clases. Desean mejorar las condiciones materiales de la vida para todos los miembros de la sociedad, hasta

para los más privilegiados. Por consecuencia, no cesan de llamar a la sociedad entera sin distinción, y asimismo se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque, además, basta comprender su sistema para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, pues, toda acción política, y sobre todo, a toda acción revolucionaria, y se proponen alcanzar su objeto por medios pacíficos y ensayando abrir camino al nuevo evangelio social por la fuerza del ejemplo, por las experiencias en pequeño, que siempre fracasan, naturalmente.

La pintura fantástica de la sociedad futura en una época en que el proletariado, poco desarrollado todavía, considera su propia situación de una manera también fantástica, corresponde a las primeras aspiraciones instintivas de los obreros hacia una completa transformación de la sociedad.

Mas los criterios socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan a la sociedad actual en sus bases. Han provisto en su tiempo, por consecuencia, de materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus proposiciones referentes a la sociedad futura, tales como la desaparición del conflicto entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción, todas estas proposiciones no hacen sino anunciar la desaparición del antagonismo de las clases, antagonismos que comienzan solamente a dibujarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas proposiciones no tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópico está en razón inversa del desarrollo histórico. A medida que la lucha de las clases se acentúa y toma forma, el fantástico desdén que inspira, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué si en muchos respectos los autores de esos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues sus secueces se obstinan en oponer las viejas concepciones de su maestro a la evolución histórica del proletariado. Buscan, pues, y en esto son lógicos, entorpecer la lucha de las clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la realización experimental de sus utopías sociales: establecimiento de falansterios aislados, creación de colonias interiores, fundación de una pequeña Icaria (1), edición en dozavo de la nueva Jerusalén; y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a hacer llamamientos al corazón y a la bolsa de los filántropos burgueses. Poco a poco caen en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores des-

(1) Owen llama a sus Sociedades comunistas modelo "home-colonies" (colonias interiores). El falansterio era el nombre de los palacios sociales imaginados por Fourier. Llamábase Icaria el país fantástico en que Cabot describía las instituciones comunistas. (Nota de F. Engels.)

critos más arriba, y sólo se distinguen por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia maravillosa de su ciencia social.

Opónense, pues, con encarnizamiento a toda acción política de la clase obrera, pues semejante acción no puede provenir, a su juicio, sino de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia resisten, unos contra los cartistas, y otros, contra los reformistas.

IV

POSICION DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICION

Después de lo que hemos dicho en el capítulo II, la posición de los comunistas ante los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma, y por tanto su posición ante los cartistas en Inglaterra y los reformadores agrarios en América del Norte.

Combaten por los intereses y los fines inmediatos de la clase obrera; pero en el movimiento presente definen y representan al propio tiempo el porvenir del movimiento.

En Francia, los comunistas se suman al partido demócrata-socialista (1) contra la burguesía conservadora y radical, reservándose, sin embargo, el derecho de criticar las frases y las ilusiones legadas por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, mitad demócratas socialistas en la acepción francesa de la palabra, mitad burgueses radicales.

En Polonia, los comunistas sostienen al partido que ve en una revolución agraria la condición de la manumisión nacional; es decir, el partido que hizo en 1846 la insurrección de Cracovia.

En Alemania, el partido comunista lucha de acuerdo con la burguesía tantas veces como la burguesía se revuelve revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de despertar entre los obreros una conciencia clara y limpia del antagonismo profundo que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que cuando llegue la hora los obreros alemanes sepan convertir las condiciones sociales y políticas creadas por el régimen burgués en otras tantas armas contra la burguesía; a fin de que tan pronto sean destruidas las clases reaccionarias de Alemania la lucha pueda empeñarse contra la misma burguesía.

A Alemania sobre todo es hacia donde se concentra la atención

(1) Lo que se llamaba entonces en Francia el partido demócrata-socialista estaba representado en política por Ledru-Rollin y en literatura por Luis Blanc; estaba, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo. (Nota de F. Engels.)

de los comunistas, porque Alemania se encuentra en vísperas de una revolución burguesa y porque realizará esta revolución en condiciones más avanzadas de la civilización europea y con un proletariado infinitamente más desarrollado que los de Inglaterra y Francia en los siglos XVII y XVIII, y, por consiguiente, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio de una revolución proletaria inmediata.

En suma, los comunistas apoyan en los diferentes países todo movimiento revolucionario contra el estado de cosas social y político existente.

En todos estos movimientos ponen por delante la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que revista, como la cuestión fundamental del movimiento.

En fin, los comunistas trabajan por la unión y la cordialidad de los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas no se rebajan a disimular sus proyectos. Proclaman abiertamente que sus propósitos no pueden ser alcanzados sino por el derrumbamiento violento de todo el orden social tradicional. ¡Que las clases dirigentes tiemblen ante la idea de una revolución comunista! Los proletarios no pueden perder más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo a ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Residencia
de los estudiantes

Caracante
Brancaccio

LECTURAS MARXISTAS

C. MARX

Trabajo Asalariado y Capital

Precio, Salario y Beneficio

Un volumen. Biblioteca marxista. 4 ptas.

Trabajo Asalariado y Capital

Edición económica. 0,50 ptas.

La Guerra civil en Francia. 1,50 ptas.

El 18 Brumario de Luis Bonaparte. 1,50 ptas.

F. ENGELS

El problema campesino en Francia y en Alemania. 0,50 ptas.

Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. 1 pta.

El socialismo moderno. 0,75 ptas.

LENIN

El Estado y la revolución. 1,50 ptas.

Marx y el marxismo. 0,75 ptas.

STALIN

Sobre los fundamentos del leninismo. 0,75 pts.

El marxismo y la cuestión nacional. 0,75 ptas.

E. VARGA

La crisis y sus consecuencias políticas. 5 pts.

PRINTED IN SPAIN

EDICIONES EUROPA-AMERICA

ALFONSO XI, 4 - MADRID

Precio: 40 cts.